

VI Domingo de Pascua

Primera lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 8, 5-8. 14-17)

En aquellos días, Felipe bajó a la ciudad de Samaria y predicaba allí a Cristo. La multitud escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los milagros que hacía y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos, lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados quedaban curados. Esto despertó gran alegría en aquella ciudad.

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén se enteraron de que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan. Éstos, al llegar, oraron por los que se habían convertido, para que recibieran el Espíritu Santo, porque aún no lo habían recibido y solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan impusieron las manos sobre ellos, y ellos recibieron el Espíritu Santo.

Salmo Responsorial

Salmo 65, 1-3a. 4-5. 6-7a. 16 y 20

R. Las obras del Señor son admirables. Aleluya.

Que aclame al Señor toda la tierra.
Celebremos su gloria y su poder,
cantemos un himno de alabanza,
digamos al Señor: “Tu obra es admirable”.

Que se postre ante ti la tierra entera
y celebre con cánticos tu nombre.
Admiremos las obras del Señor,
los prodigios que ha hecho por los hombres.

El transformó el mar Rojo en tierra firme
y los hizo cruzar el Jordán a pie.
Llenémonos por eso de gozo y gratitud:
El Señor es eterno y poderoso.

Cuantos temen a Dios, vengan y escuchen,
y les diré lo que ha hecho por mí.
Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica,
ni me retiró su gracia.

Segunda lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pedro (1 Ped 3, 15-18)

Hermanos: Veneren en sus corazones a Cristo, el Señor, dispuestos siempre a dar, al que las pidieren, las razones de la esperanza de ustedes. Pero háganlo con sencillez y respeto y estando en paz con su conciencia. Así quedarán avergonzados los que denigran la conducta cristiana de ustedes, pues mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad

de Dios, que padecer haciendo el mal. Porque también Cristo murió, una sola vez y para siempre, por los pecados de los hombres; Él, el justo, por nosotros, los injustos, para llevarnos a Dios. Entregado a la muerte en su carne, fue vivificado en el Espíritu.

Evangelio según San Juan (Jn 14, 15-21)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Si me aman, cumplirán mis mandamientos; yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; ustedes, en cambio, sí lo conocen, porque habita entre ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán, porque yo permanezco vivo y ustedes también vivirán. En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes.

El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él”.

Homilía

Jesús presenta a “*Otro*” que nos asiste

Eduardo Casas

1. Palabras de despedida

Las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy están en el contexto de su despedida, en la Última Cena. Cuando alguien tiene conciencia de que su tiempo se acaba, generalmente dice a los más próximos aquello que le resulta importante comunicar.

El Señor les dice a sus Apóstoles que volverá dentro de poco y que no los dejará desamparados. Seguramente, como Jesús y su comunidad estaban de peregrinos en Jerusalén con motivo de la celebración de la Pascua judía, tal vez los Apóstoles entendieron que, momentáneamente, se ausentaría por alguna razón y que pronto regresaría.

En ese contexto Jesús explícitamente habla de “*otro Paráclito*” (Jn 14,16). El sustantivo “*Paráclito*” es una palabra griega¹ que el Evangelio utiliza para hablar del Espíritu Santo. La alusión de que el Espíritu es “*otro Paráclito*” sugiere que hay un primer Paráclito y que es, nada menos, que el mismo Jesús, ya que todas las acciones que alude el término “*Paráclito*” también son realizadas por Jesús a lo largo del Evangelio.

¹ παράκλητος (parákletos) es una palabra compuesta por el prefijo “*para*” (“*junto a*”) y el verbo “*Kaléin*” (“*llamar*”) significa “*el que se llama o se invoca para estar junto a nosotros o a nuestro lado*”. Es por eso que la palabra “*Paráclito*” alude al que está al lado para sostener, el que defiende, el intercede para ayudar, el que asiste, el que acompaña, el que aconseja, el que reconforta y el que consuela.

Este nuevo y “*otro Paráclito*” que Jesús va dar “*estará siempre*” con nosotros.² También lo llama “*el Espíritu de la verdad*”.³ Recordemos que en el Evangelio del domingo Jesús afirmaba de sí mismo: “*Yo Soy la Verdad*”. La expresión completa que utilizaba era: “*Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14,6).

Las expresiones que usa Jesús manifiestan que Él y el Espíritu están muy unidos. De hecho, los dos son Paráclitos y siendo Jesús “*la Verdad*”, el Espíritu es “*el Espíritu de la Verdad*”. Existe una profunda comunión entre ambos.

Por su parte, al Espíritu “*el mundo no puede recibirlo, porque no lo ve, ni lo conoce*” (Jn 14,17). Jesús afirma que “*el mundo*” (el ámbito humano que no se abre a la acción de Dios) no tiene experiencia del Espíritu.

El Espíritu no es fruto de una experiencia psicológica. No se lo obtiene por ninguna práctica de interioridad, por ningún esfuerzo de concentración, ni por ningún método de meditación o de relajación, por saludables que puedan ser esos caminos. El Espíritu de Dios no es resultado del esfuerzo humano. Jesús dice “*yo rogaré al Padre y Él les dará otro Paráclito*” (Jn 14,16). Es fruto, por lo tanto, de la oración de Jesús y del don del Padre. Solo pidiendo y abriéndonos a Dios, se nos otorga su Espíritu.

El mundo, en tanto, “*no lo conoce*”. Es por eso que Jesús dice sus Apóstoles: “*ustedes, en cambio, lo conocen, porque Él permanece con ustedes y estará en ustedes*” (Jn 14,17). Los Apóstoles, de algún modo, ya tienen y conocen -a través del obrar de Jesús- una primera experiencia del Espíritu y la tendrán, aún más plenamente, cuando Jesús cumpla la promesa de ese don supremo en Pentecostés.

Por su parte, en la primera Lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles, aparece Felipe, uno de los siete servidores de la comunidad de Jerusalén⁴ mencionados en la primera lectura del domingo pasado, el cual convierte a los samaritanos, quienes no compartían la totalidad de creencias y de prácticas de los judíos y eran considerados por estos como extranjeros y paganos. Mientras que la fe judía distinguía y separaba a judíos de samaritanos; la fe cristiana naciente, reúne a los que se consideraban enemigos debido a sus diferencias étnicas, culturales y religiosas, muy acentuadas de una manera radical desde el exilio de Israel en Babilonia y el regreso posterior a las tierras de Israel.

Lo que llama la atención, en esta lectura, es que los Apóstoles Pedro y Juan van a Samaría porque, si bien, los samaritanos se habían convertido y bautizado, se afirma que aún no habían recibido el Espíritu⁵: ¿cómo es posible que -habiéndose bautizado- no hayan recibido el Espíritu Santo?

El texto afirma que los Apóstoles fueron a ver a los samaritanos bautizados y les “*impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo*” (Hch 8,17). Esto da la pauta que, ya en la Iglesia de los orígenes, se comenzaba a diferenciar un cierto proceso secuencial en la concesión plena del don del Espíritu. Aquí hay un germen de lo que, con el tiempo, la Iglesia fue diferenciando entre el sacramento del Bautismo y el sacramento de la

² Cf. Jn 14, 16.

³ Cf. Jn 14,17.

⁴ Cf Hch 6,5.

⁵ Cf. Hch 8, 15-16.

Confirmación. De hecho, aún hoy, el sacramento de la Confirmación se caracteriza por la plenitud de la concesión del Espíritu realizada por la *“imposición de manos”*.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles, en repetidas oportunidades, deja constancia -no solo del crecimiento expansivo y cuantitativo de los creyentes- sino, además, del comienzo de una incipiente y compleja organización eclesial: Apóstoles, servidores, predicadores, bautizadores, la predicación de la Palabra y los signos sacramentales.

El Salmo responsorial, por su parte, canta la alegría de la expansión de las obras admirables de Dios realizadas a partir de la Pascua que, para los judíos, conmemoraba el paso del Mar Rojo y el ingreso a la Tierra Prometida atravesando las aguas abiertas del Jordán que recuerdan, como réplica, la hazaña milagrosa de Dios dividiendo las aguas: *“transformó el mar Rojo en tierra firme y los hizo cruzar el Jordán a pie”* (Sal 65,6).

La Segunda Lectura, tomada de la Primera Carta del Apóstol San Pedro, también tiene una alusión al Espíritu en relación al Misterio Pascual de Jesús: *“entregado a la muerte en su carne, fue vivificado en el Espíritu”* (1 Pe 3,18). La acción de la Resurrección es atribuida al Espíritu. Además, se les recuerda a los creyentes estar *“siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que pida razón de su esperanza”* (1 Pe 3,15).

No se cree por creer, ni se espera porque sí. Hay una razón profunda que sostiene la fe y la esperanza de los creyentes que debemos saber explicitar e incluso defender. Muchas veces, frente a personas de diversas convicciones, los cristianos quedamos minusvalorados precisamente porque no tenemos elementos para (no digo argumentar) sino dar testimonio de la propia convicción. No siempre podemos expresar nuestras convicciones y motivaciones, cuánto más poder argumentar algo coherente en relación a la fe.

Sin embargo, el *“dar razón”* no se trata de un ejercicio filosófico o teológico, sino -como el mismo contexto de la lectura lo indica- es dar testimonio de una vida coherente: *“háganlo con sencillez y respeto, estando en paz con su conciencia. Mejor es padecer haciendo el bien, que padecer haciendo el mal”* (1 Pe 3, 16-17).

La sencillez, el respeto, la paz de conciencia y la fortaleza en el sufrimiento son las actitudes que fundamentan *“el dar razón de la esperanza”*. No se da razón con la lógica, sino con la vida. No es cuestión de argumentos, sino de testimonio. Como dice Jesús: *“te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los inteligentes y haberlas revelado a los pequeños”* (Mt 11,25). Hay una sabiduría y una inteligencia que, engréidas en sí mismas, no son sino una necedad. Como señala el Apóstol San Pablo: *“destruiré la sabiduría de los sabios y rechazaré la ciencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el hombre culto? ¿Dónde el razonador sutil de este mundo? ¿Acaso Dios no ha demostrado que la sabiduría del mundo es una necedad? Nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres. Tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos. Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios”* (1 Co 1, 19-27).

No se trata, entonces, de no ser inteligente sino, de no creerse inteligente. Sobre todo cuando ese creerse inteligente guarda una secreta actitud de superioridad para con los demás. La inteligencia es un don y ser inteligente es un servicio.

Regresando al Evangelio de hoy, es curioso observar que empieza y termina haciendo Jesús alusión a sus mandamientos: *“si me aman, cumplirán mis mandamientos. El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amaré mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14,15.21).*

Ciertamente *“sus mandamientos”* no se refiere a los diez mandamientos de Moisés en el Antiguo Testamento, los cuales no están abolidos. Tienen su total vigencia para los cristianos, no obstante, Jesús no dio un nuevo decálogo, ni agregó otros mandamientos, solo confirió uno, que llamó *“un mandamiento nuevo”*, el cual abarca y compendia a todos los decálogo⁶: el mandamiento del amor.⁷

Siendo el amor su único mandamiento, Jesús habla de *“mandamientos”* ya que, de algún modo, se puede englobar dentro de la categoría de *“mandamientos”* todas las enseñanzas del Señor en su Evangelio, las cuales -todo creyente convencido y coherente- debe asumir y vivir.

Lo particular de su exhortación en el Evangelio de esta ocasión es que unir los mandamientos a la experiencia del amor. Repite, por cinco veces, expresiones referidas al amor: *“me ama”, “me aman”, “lo amará”, “lo amaré”*. Queda claro que *“los mandamientos”* (las enseñanzas de Jesús) no son una obligación, una imposición, un mero cumplimiento prescriptivo y formal, una ley religiosa, sino que consisten en una experiencia de vinculación con Él desde el amor.

El amor no es obligatorio, no es un trámite, no es un examen a aprobar. Cuando Jesús dice *“cumplir mis mandamientos”* -algunas traducciones dicen *“guardar”* mis mandamientos- se refiere a una actitud de amor y de libertad. Ninguna de las dos traducciones *“cumplir”* y *“guardar”* hacen justicia al concepto que usa Jesús. No es un cumplir como algo imperativo o forzoso. No es tampoco simplemente obedecer. Ni consiste en un *“guardar”* como *“conservar”* algo o *“almacenar”* alguna cosa.

El *“guardar”* del que habla Jesús es mantener interiormente vivas sus palabras. A menudo sucede que, en las familias, hay anécdotas, acontecimientos y palabras de seres muy queridos y cercanos que solemos volver, no solo a recordar, sino a revivir con la fuerza de una presencia actual. Tal es el acto de guardar las palabras de aquellos que amamos. De igual manera, Jesús no es alguien extrínseco a mi corazón que impone un imperativo categórico, un *“deber ser”* para mi conducta, sino que primero es necesario un vínculo de cercanía, de intimidad y de amistad en común para que entonces su Persona y sus Palabras vivan en mí. No se trata de recordar psicológica y memorísticamente sus Palabras, sino tenerlas en el corazón: vivas, presentes y actuantes. Ese *“guardar”* consiste en un atesorar las palabras en el interior. Como quien atesora y vuelve a pasar por el corazón, una y otra vez, las palabras de las personas amadas para grabarlas y para que sigan viviendo y resonando íntimamente y uno las pueda compartir con otros como

⁶ Cf. Rm 13, 8-10.

⁷ Cf. Jn 13, 34-36; 15, 12.

verdaderos tesoros afectivos. La mejor expresión que se adecua al concepto “*guardar*” no es cumplir, ni conservar, ni recordar, sino “*atesorar*”.

Cuando se dice en el Evangelio de Lucas, en un mismo capítulo, por dos veces, que María “*conservaba estas cosas en su corazón*” (Lc 2,19.51). Ella atesoró, para toda su vida, los acontecimientos y palabras que la iluminaron de sentido y la sostuvieron por el resto del camino.

Por otro lado, en el Evangelio de este domingo, Jesús hace referencia, una vez más, a la totalidad del misterio de Dios del cual Él mismo no está “*afuera*”. Hay una unidad de presencia y acción entre el Padre, Jesús y el Espíritu, llamado hoy “*otro Paráclito*”.

Esa totalidad del misterio de Dios también es participada al vínculo con los Apóstoles. Hay una presencia del Padre –“*será amado por mi Padre, y yo lo amaré*” (Jn 14,21); una presencia de Jesús -“*ustedes en mí y yo en ustedes*” (14,19)- y una presencia del Espíritu -“*Él permanece con ustedes y estará en ustedes*” (Jn 14,17)- todos construyen la comunión: unidad en la diversidad.

2. El Espíritu de Dios y la pandemia, en busca de otra dirección

La pandemia que estamos transitando no es un hecho fortuito más. Es un acontecimiento global cuyas consecuencias aún no son del todo observables y cuya magnitud es ciertamente importante.

Muchas veces hemos afirmado que este es un tiempo de cambio. En verdad, la pandemia vino a inaugurar definitivamente este cambio, no solo de tiempo, sino de mentalidad y paradigmas en la construcción de la realidad social e histórica. Esto conllevará, necesariamente, un proceso largo y lento. No obstante, ya ha comenzado.

Todo el sistema global se vio movilizado en cuanto sistema estructural. No se trata de recomponerlo y de “*remendarlo*”. Se trata de re-configurarlo. No es hacerlo de nuevo, sino hacer un nuevo sistema global. Esto puede parecer exagerado y pretencioso, sin embargo, el devenir de este camino, en el cual nos introduzco la pandemia como comunidad social, nos lleva –no solo a una reconstrucción- sino a una re-conversión sistémica y estructural de todas las dimensiones constitutivas de la sociedad: la dimensión social, política, económica, jurídica, laboral y religiosa, entre las más importantes.

Es la hora de pensar en dimensiones macro: regional, internacional y globalmente. Los líderes de los diversos sectores deben contribuir al avance de una conciencia común que permita cambios a grandes escalas.

La “*re-conversión sistémica*” de las estructuras sociales incluye también la “*re-conversión eclesial*”. Tal vez sea la hora providencial en las que las reformas de la Iglesia, tan soñadas por el Papa Francisco, puedan verse como un horizonte posible para el cambio eclesial.

Hay que propiciar -por parte de toda la sociedad y de la Iglesia- una conversión social hacia los más vulnerables (no solo los más pobres, sino todos los más vulnerables y sufrientes); una conversión ecológica hacia un sanitarismo ambiental e integral; una

conversión económico-financiera hacia un humanismo solidario, desde una economía como servicio y no consumo y acumulación; una conversión religiosa de la institucionalidad eclesial hacia formas religiosas más integradas con lo humano y lo comunitario.

La pandemia es un “*signo de los tiempos*” para quien tiene fe y forma parte de la providencia histórica de Dios para este tiempo. Sobrevino sin avisarnos y rompió, como un vaso de vidrio, los continentes de nuestras expresiones socio-culturales: “*a vino nuevo, odres nuevos*” (Lc 5,35-39; Mc 2,22).

Deberíamos volver a escuchar dicha Palabra de Jesús en este contexto: “*nadie usa un pedazo de tela nueva para remendar un vestido viejo, porque el pedazo añadido tira del vestido viejo y la rotura se hace más grande. Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos, porque hará reventar los odres, y ya no servirán más ni el vino ni los odres. ¡A vino nuevo, odres nuevos!*” (Mt 9,16).

Seguramente muchos saldrán de la experiencia de pandemia, buscando reconquistar lo perdido. No hay que pretender salvar del naufragio lo que ya se hundió. Muchos tendrán, en este tiempo de flexibilización y desescalada, la pretensión de volver a la “*normalidad*” anterior. Eso sería una profunda necesidad y una falta de realismo.

No se puede, ni se debe volver a la “*normalidad*” anterior, como si nada hubiera transcurrido, como si el mundo, la vida y las actividades se hubieran meramente suspendido por un tiempo prolongado. Incluso hay que ser cautos y lúcidos en la construcción de una “*nueva normalidad*”.

La palabra “*normalidad*” -que habitualmente se usa, incluso en los medios de comunicación- es muy poco feliz. Se trata de construir un nuevo estado de convenciones y acuerdos sociales. Nuevos pactos comunes. No consiste solamente en hacer “*protocolos*” de procedimiento. No se trata de “*normalidad*”, a menos que se entiendan que -dichos protocolos y acuerdos- pueden ser nuevamente “*normas*”, prescripciones para el actuar en sociedad.

No obstante, la construcción sistemática y estructural del orden global es muchísimo más que eso. Estamos en la inflexión del paso de un tiempo -como categoría de configuración de culturas- a otro tiempo, a otra configuración cultural. El paso de un paradigma a otro. El paso de un mundo cultural a otro -no solo renovado- sino nuevo, no solo re-construido, sino construido por primera vez.

Este “*paso*” de un “*odre*” a otro, esta “*pascua*” de un universo cultural a otro, los creyentes creemos que lo obra el Espíritu de Dios, el cual sopla sobre el mundo y asiste en la historia en todo tiempo: también hoy.

La pandemia puede ayudarnos en la conciencia universal de la humanidad para descubrirnos como una comunidad corresponsable con un mismo destino compartido. Lo más importante de este momento son los cambios estructurales y procesuales iniciados. Ciertamente muchos podrán elaborar cambios personales, familiares y comunitarios. No obstante, es tiempo de cambios globales. Estos no se hacen de un día para otro. Se necesitarán procesos de tiempos muy prolongados. Tal vez nosotros no los veamos en su

máxima magnitud. Sin embargo, lo advirtamos o no, esos cambios ya se han iniciado, inevitable e ineludiblemente para todos.

No tenemos que precipitarnos. Los tiempos psicológicos no coinciden necesariamente con los tiempos cronológicos y colectivos. Es un tiempo para invertir en sanidad social, en educación y en una economía que permita mayor equidad laboral, mejores condiciones de trabajo, y mayor amparo y protección de derechos sociales, entre otras prioridades.

Es preciso la cooperación solidaria entre todos los pueblos, especialmente los más afectados. No se trata solo de considerar una justa corresponsabilidad económica en las deudas internacionales, sino de construir una voz común que defienda la salida compartida para las gravísimas dificultades que tenemos. Hacer escuchar una voz de fraternidad y de humanismo sin fronteras, ni banderas.

Esta pandemia es un momento de quiebre drástico en la conciencia común de la humanidad. Abrió una puerta que permanecerá abierta, mostrando un nuevo rumbo.

El confinamiento y el aislamiento de este tiempo ya comienza, en muchas partes del mundo y también en distintas regiones de nuestro país, ha flexibilizarse. El confinamiento, aparte del sacrificio social que ha implicado para todos los sectores, ha sido (y sigue siendo para muchos), en su aspecto más positivo, como un gran retiro espiritual global que permitió conectarnos con nosotros mismos, con los vínculos familiares y las relaciones entrañables más cercanas, y re-adaptar las actividades y trabajos, entre otras cosas. Cada uno aprovechó este tiempo como pudo y como supo, con los recursos humanos y espirituales que están a su alcance.

La re-conversión de las estructuras eclesiales es también un trabajo pendiente. La re-apertura de los templos (aún con la dispensación del precepto dominical y de la celebración de las misas en comunidad) es un símbolo de esperanza, hacia la apertura de un futuro mejor, incluso con una profunda depuración de la experiencia religiosa, la cual tampoco puede ser igual que antes. De lo contrario, no habremos aprendido nada. No se trata solamente de tener protocolos para acceder a los templos, sino de repensar la dinámica religiosa en las comunidades, asumiendo nuevos estilos.

Es hora de re-pensar la configuración actual de las parroquias. No me refiero a las comunidades parroquiales, sino a la estructura organizativa y funcional de las parroquias como institución religiosa y pastoral.

Desde que la parroquia nació a mediados del siglo III (algunos retrotraen su origen a las casas-iglesias domésticas de las primeras comunidades cristianas), se ha estructurado territorial y geográficamente como una jurisdicción liderada principalmente por la figura de un sacerdote, lo cual ha permitido la “*clerización*” -cuando no el “*clericalismo*”- de las comunidades.

En la actualidad, muchos creyentes no tienen vinculación con ninguna parroquia. La secularización y la indiferencia religiosa, también ha impactado en la vivencia de una fe más individualista.

Esta es una buena oportunidad para repensar la configuración de las parroquias. Es preciso hacer comunidades samaritanas y solidarias en servicio a las múltiples

necesidades existentes, comunidades de anuncio de la Palabra, tanto presencial como virtualmente; comunidades orantes y de adoración, comunidades pro-sociales y promocionales que se impliquen en el desarrollo integral de las personas; comunidades de vínculos reales que se autopromuevan pastoral y espiritualmente aún sin la presencia de un sacerdote; y si lo tienen que este sea un pastor y servidor de la comunidad y no un funcionario administrativo de lo sagrado.

Toda la Iglesia es ahora un *“hospital de campaña”*. Todos debemos ser el *“Buen Samaritano”* que acompaña y asiste. También tenemos que acompañar a quienes socialmente nos acompañan, nos sostienen y sirven y cuidar a aquellos que nos cuidan. El servicio del consuelo, del alivio, de la escucha, de la contención y del acompañamiento son formas de la caridad que se necesita hoy.

Es preciso seguir acompañando a las familias que han perdido seres queridos. Hay mucho duelo postergado y suspendido. Hay mucho sufrimiento y muerte en soledad y aislamiento. No solo sin sacramentos, sino sin afecto, ni despedidas. Entre los muertos debemos tener presentes a aquellos que han perdido la vida en sacrificio personal por su cumplimiento profesional y vocacional. También hay muchos sacerdotes, religiosos y religiosas que han muerto en el mundo víctimas del corona virus. A ellos debemos tenerlos presentes en nuestra oración.

Es un tiempo para reconfigurar todos los vínculos y todas las estructuras sociales y eclesiales. Hay mucho que queda pendiente y la gracia de Dios nos irá enseñando cómo elaborarlo y por dónde ir.

La dimensión tecnológica ha sido, en este tiempo, muy importante para los vínculos y las actividades laborales, incluidas las actividades escolares. No obstante, también existe una sobre-información y un avasallamiento de la mediación tecnológica, especialmente para aquellos que trabajan con ellas. Se ha trasladado la hiperactividad de la realidad a una hiperactividad funcional en el entorno virtual que, por momentos, es agobiante.

Hay que descongestionarse un poco de todo tipo de pantallas. No hay que dejar de estar atentos hacia el interior. Hay que desconectarse de algunas realidades para conectarse con otras. Desconectarse del afuera dramático y súper informado para conectarse con la calma del silencio interior y del descanso. Hay que volver a la fuente de la gracia donde el Señor Jesús es el centro, el verdadero Médico que no solo cuida y cura, sino que también salva. De poco vale la curación si no nos abrimos a la experiencia de la salvación.

Preguntas para el discernimiento

1. ¿Por dónde has experimentado que el Espíritu de Dios ha estado presente en este tiempo de pandemia?
2. ¿Cuáles son las realidades que atesoras en tu corazón?
3. ¿Cómo es tu experiencia religiosa y espiritual en este tiempo de pandemia?

Oración

Señor Jesús que en tu Evangelio
llamas al Espíritu Santo, Paráclito
porque sostiene, defiende, intercede, asiste, acompaña,
aconseja, reconforta y consuela.

Concédenos que también nosotros
podemos ser paráclito para otros,
especialmente para aquellos que más sufren
y para aquellos con quienes convivimos.

Amén.